

ALEJANDRO REBOLLEDO.

*Pin pan pun.* Caracas: Libros Urbe, 1998.



¿Qué ocurre cuando una novela es recomendada por una estrella pop? Es ésta una de las preguntas que Néstor García Canclini no formula en *Culturas híbridas*. Él llega a preguntarse por la incidencias que pueden tener, en el plano de la recepción y la aceptación por parte del público, un escritor como Umberto Eco cuando aparece en la portada de la revista *Time*. También pre-

gunta qué ocurre cuando Borges es entrevistado en Televisa en horario estelar ("Destrucción de los códigos del saber culto o estetización del mercado"). En el caso de *Pin pan pun* la pregunta es ¿qué ocurre cuando el miembro de un grupo como los Aterciopelados, los Amigos Invisibles o Café Tacuba recomiendan una novela? ¿Qué interés puede tener una analfabeta funcional la apreciación que sobre un libro determinado puedan ofrecer especialistas como Luis Britto García, Maruja Dagnino, Alexis Márquez Rodríguez o un egresado de un oscuro postgrado en literatura de cualquier universidad venezolana? ¿qué puede significar, insisto, un buen texto al lado de un slogan cuasi generacional de alguien que sale en la portada de *Rolling Stone*, es potencial accionista de MTV, cena en el restaurant de Schwartzeneger, ha sido nominado o galardonado con el Grammy y parece una versión tropical de Marilyn Manson?, símbolos todos estos de prestigio massmediático en nuestra aldea global y que estimulan la lealtad consumista de un sector que se ha constituido alrededor del consumo simbólico más que en relación a procesos productivos.

"*Follar, rumbear y tripear*", tal parece ser la consigna fundamental de la juventud que tiene por escenario los proyectos de la cojitranca prosperidad urbanizada. Tal vez ni el 2% de nuestros jóvenes sepan leer y escribir perfectamente; ha eso los ha conducido el embrutecedor proyecto pseudo-democratizador del bipartidismo venezolano. Sin embargo, a pesar de lo que pudiera creerse, ellos expresan una identidad: la que les ha permitido desarrollar la desbocada modernización sin

norte humanista que impuso la política populista venezolana; a fin de cuentas, todos son hijos de AD y de los socialcristianos. Y están en la plenitud de sus facultades en *Pin pan pun*. Eso sí, esa masa incomprendida y alienada posee poder adquisitivo. Los editores de la novela lo saben y para cautivarlos acuden a sus íconos. ¡Una maravillosa utopía mercantilista massmediática de final de milenio! ¿no es cierto? Texto difícil de roer, para la gente de la vieja escuela. Siempre habrá un pretexto para subestimarla. Efectivamente, *Pin pan pun* no ofrecerá a un analista especializado la performance narrativa y la competencia discursiva que tanto suelen ser ponderados en un escritor consagrado; al contrario, un gramatólogo o un erudito hasta podría hablar de un handicap lingüístico de los narradores de esta polémica novela. Pero ¿cómo podría representar su universo un personaje cuyo cerebro se ha *fundido* de tanto consumir drogas y ver videos de MTV, o una niña bien que quisiera ser una Sailor Moon, o un azote de barrio que ve en McDonald's la culminación de su embrutecida y marginal idea de glamour ciudadano?. Aparentemente la proyección, acogida e inci-

dencia de *Pin pan pun* en el proceso de la narrativa venezolana de los '90 ha dependido más de factores extraestéticos, como las técnicas del marketing y la publicidad masiva, que de la intención del autor por configurar su novela en función de la autonomía estética. Antes de la aparición de la *opera prima* de Alejandro Rebolledo existía algo así como una restricción convenida entre los miembros del sector ilustrado, guardar distancia con las frivolidades massmediáticas. En cambio, el editor y el autor de *Pin pan pun* optaron por vías no convencionales de interpretación y comunicación de esta novela, vías tan vinculadas con estrategias de mercadeo que el interés en la recepción del texto, al estar subordinado a las expectativas de un público consumidor, parece postergar o cancelar la búsqueda de la autonomía estética. Sin embargo, quién se atrevería a negar el acierto de esos instantes que mostraron el camino a un libro semejante a una dentellada narcótica, una novela terrible como el estigma de la ciudad; el signo de Caín.

Arnaldo E. Valero